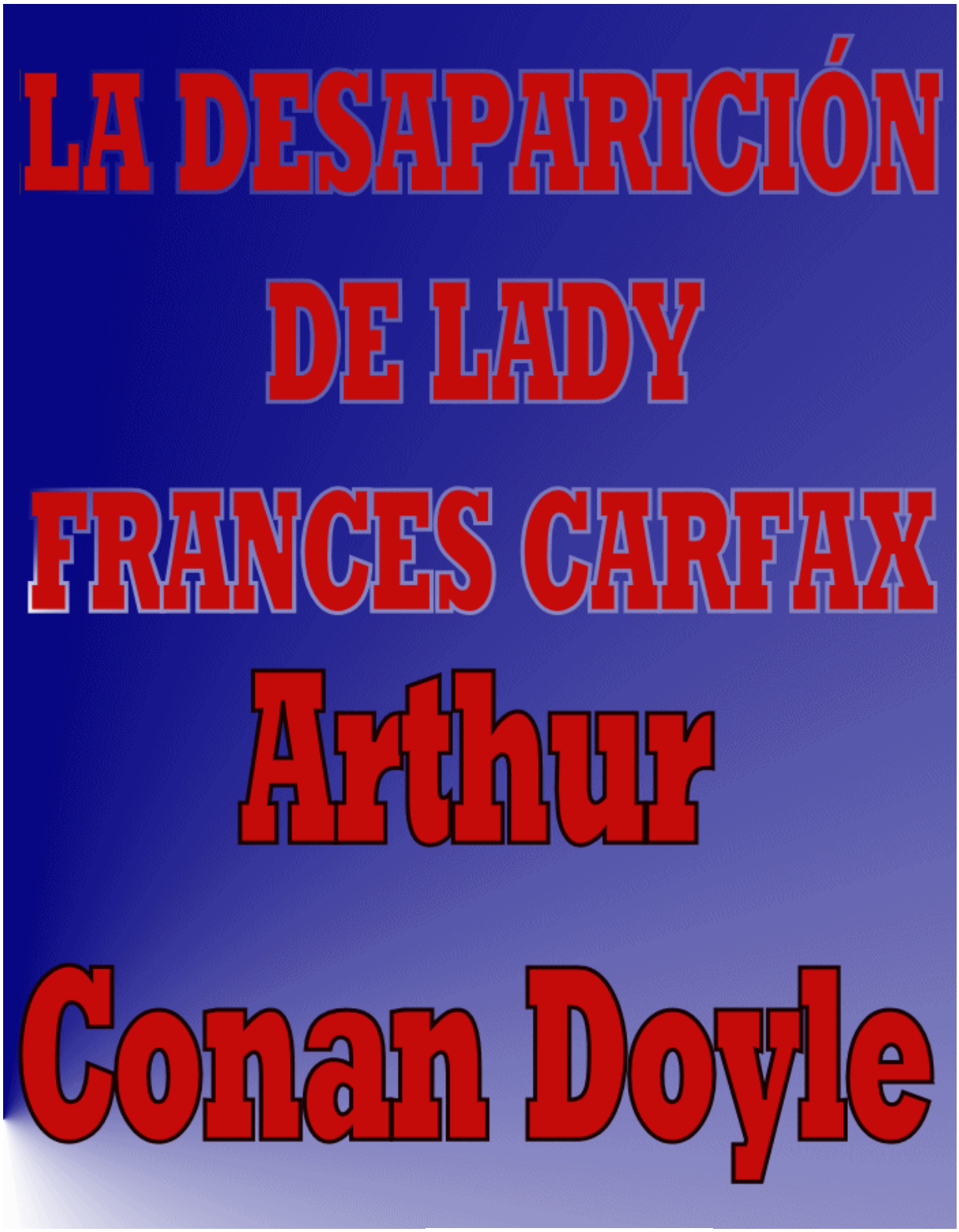
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

-¿Pero por qué turcos precisamente? -preguntó Mr. Sherlock Holmes, clavando su mirada en mis botines. Yo estaba reclinado en una silla de respaldo de rejilla, y mis pies, que sobresalían, habían atraído su atención siempre activa.

-Ingleses -respondí, algo sorprendido-. Me los compré en Latimer's, en la calle Oxford.

Holmes sonrió con expresión de paciencia tolerante.

-¡Los baños! -dijo-; ¡los baños! ¿Por qué los turcos relajantes y caros, en vez del estimulante artículo casero?

-Porque estos últimos días me he sentido reumático y viejo. El baño turco es lo que en Medicina llamamos alterante, un nuevo punto de partida, un purificador del sistema.

-Por cierto, Holmes -añadí-, no me cabe duda de que la relación entre mis botas y los baños turcos resulta perfectamente evidente para un cerebro lógico; no obstante, le agradecería mucho que me la explicase.

-El hilo de razonamiento no es muy oscuro, Watson -dijo Holmes, con un guiño malicioso-. Pertenece a la misma clase elemental de deducción que ilustraría si le preguntase con quien compartió el coche en su paseo de esta mañana.

-No admito que un nuevo ejemplo pueda servir de explicación -dije, con tono áspero.

-¡Bravo, Watson! Una reconvención digna y lógica. Veamos, ¿cuales eran los puntos? Empecemos por el último: el coche. Observará que tiene usted unas salpicaduras en la manga izquierda y la hombrera de su gabán. Si hubiera ido sentado en el centro de un cabriolé, probablemente no llevaría esas salpicaduras, y en el caso de que las llevase, serían sin duda simétricas. Así que está claro que ha ido sentado en uno de los lados, razón por la que queda igualmente claro que iba acompañado.

-Eso es evidente.

-Absurdamente común, ¿verdad?

-¿Pero y los botines y el baño?

-Igual de pueril. Tiene usted la costumbre de abrocharse los botines de una forma determinada. En esta ocasión veo que los tiene atados con un elaborado doble lazo, que no es su método habitual de hacerlo. Por lo tanto, se los ha quitado. ¿Quién se los ha anudado? Un zapatero, o el mozo del salón de baños. Es poco probable que haya sido el zapatero, ya que sus botines están nuevos. ¿Que queda? Los baños. ¡Que bobada! ¿Verdad? Pero en cualquier caso, el baño turco ha cumplido una finalidad.

-¿De qué se trata?

-Dice que los ha estado tomando porque necesita un cambio. Permítame que le sugiera uno. ¿Cómo le sentaría Lausanne, mi querido Watson, en asiento de primera con todos los gastos pagados con generosidad principesca?

-¡Que maravilla! ¿Pero por qué?

Holmes se arrellanó en su sillón y se sacó del bolsillo el cuaderno de anotaciones.

-Uno de los tipos de persona más peligrosos del mundo -dijo-, es la mujer sin rumbo y sin amigos. Es la más inofensiva, y con frecuencia la más servicial de los mortales, pero también una inevitable incitación al crimen para los demás. Está desvalida. Suele ser migratoria. Tiene medios suficientes para desplazarse de país en país, de hotel en hotel. Se pierde, con frecuencia, en un laberinto de oscuras pensiones y casas de huéspedes. Es una gallina que se ha salido del corral en un mundo de zorros. Cuando

la devoran, nadie la echa de menos. Me temo que algo malo le ha ocurrido a lady Frances Carfax.

Me alivió su súbito descenso de lo general a lo particular.

Holmes consultó sus anotaciones.

-Lady Frances -prosiguió- es la única superviviente por línea directa de la familia del fallecido conde de Rufton. Las fincas, como quizá recordará, pasaron a manos de los sucesores masculinos. Ella quedó con medios limitados, pero con sus extraordinarias alhajas antiguas españolas, de plata y diamantes, curiosamente talladas, a las que siempre ha estado muy apegada, incluso demasiado, porque nunca consintió en dejarlas a buen recaudo en el banco, llevándoselas en todos sus viajes. Una figura patética, lady Frances; una mujer hermosa, de mediana edad, aún fresca y sin embargo, por un extraño destino, es el último resto del naufragio de lo que hace sólo veinte años era una flota espléndida.

-¿Y qué es lo que le ha ocurrido?

-¡Ah! ¿Qué le ha ocurrido a lady Frances? ¿Está viva, o está muerta? He aquí nuestro problema. Es una dama de costumbres regulares, y durante cuatro años ha conservado el hábito invariable de escribir de escribir cada dos semanas a Miss Dobney, su antigua institutriz, que se retiró hace tiempo y vive en Camberwell. Es Miss Dobney quien me ha consultado. Hace casi cinco semanas que no recibe noticias. La última carta se la escribió desde el hotel National, en Lausanne. Según parece, lady Frances se fue de allí sin dejar dirección. La familia está angustiada y, como son inmensamente ricos, no repararán en medios para ayudarnos a esclarecer el asunto.

-¿Es Miss Dobney la única fuente de información? ¿No mantenía correspondencia con nadie más?

-Sí, con alguien cuyos datos no fallan, Watson. Me refiero al banco. Las damas solteras tiene que vivir y sus libretas bancarias son como diarios resumidos. Guarda su dinero en el Silvester. Le he echado un vistazo a su cuenta. El penúltimo cheque fue para pagar la cuenta del hotel de Lausanne, pero lo extendió por una cantidad muy elevada, que probablemente la dejó con efectivo en mano. Sólo ha girado un cheque desde entonces.

-¿A quién, y dónde?

-A Miss Marie Devine. No tenemos nada que nos indique dónde fue extendido. Fue cobrado en el Crédit Lyonnais de Montpellier hace menos de tres semanas. Era de cincuenta libras.

-¿Y quién es Miss Marie Devine?

-Eso también he podido descubrirlo. Miss Marie Devine era la sirviente de lady Frances Carfax. Pero no hemos logrado averiguar por qué le pagó ese cheque. No obstante, estoy convencido de que sus pesquisas no tardarán en resolver el caso.

-¡Mis pesquisas!

-De ahí su cura de salud en Lausanne. Sabe muy bien que no puedo irme de Londres mientras el viejo Abrahams tema tan mortalmente por su vida. En Scotland Yard se sienten solos sin mí, y eso provoca una excitación insana entre las clases criminales. Vaya usted pues, mi querido Watson, y si mi humilde consejo puede valorarse a la extraña tarifa de dos peniques por palabra, estará esperando, a su disposición, día y noche, al otro extremo del telégrafo continental.

Dos días después estaba en el hotel National de Lausanne, donde fui recibido con todo género de cortesías por M. Moser, su famoso gerente. Según me informó, lady Frances se había alojado en él varias semanas. Había inspirado gran simpatía a cuantos

la habían tratado. No sobrepasaba los cuarenta años. Aún conservaba su atractivo, y daba la impresión de haber sido una mujer encantadora en su juventud. Mr. Moser no sabía nada de las alhajas valiosas, pero los empleados del hotel habían observado que el baúl más pesado del equipaje de la dama había permanecido siempre escrupulosamente cerrado. Marie Devine, la sirvienta, era tan popular como su señorita. Se había prometido a uno de los principales camareros del hotel, y no era difícil obtener su dirección, que era 11, Rue de Trajan, Montpellier. Tomé buena nota de todo, convencido de que ni el mismo Holmes habría sido más eficaz en la consecución de datos.

Sólo quedaba un rincón en la sombra. Ninguna de las luces que poseía podía esclarecer la causa de la marcha súbita de la dama. Era muy feliz en Lausanne. Existían toda clase de razones para creer que pensaba quedarse toda la temporada en sus lujosos aposentos, que daban al lago. Y sin embargo se fue, no anunciándolo hasta la víspera, lo que le supuso tener que pagar una semana de habitación sin usarla. Únicamente Jules Vibart, el enamorado de la sirvienta, podía sugerir algo. Relacionó la marcha imprevista con la visita al hotel, uno o dos días antes, de un hombre alto, moreno y con barba. «*Un Sauvage; un véritable sauvage!*» exclamó Jules Vibart. El hombre se alojaba en otro lugar de la ciudad. Había sido visto hablando seriamente con madame en el paseo del lago. Luego, había venido a visitarla, pero ella se había negado a recibirle. Era inglés, pero su nombre no había quedado registrado. Madame había dejado el lugar inmediatamente después. Jules Vibart y, lo que era más importante, su novia, creían que la visita y la marcha guardaban una relación de causa y efecto. Sólo hubo una cosa de la que Jules no dijo una palabra: el motivo por el que Marie había dejado a su señorita. Sobre eso no quería o no podía hablar. Si quería informarme, tendría que preguntárselo a ella.

Así concluyó el primer capítulo de mis pesquisas. El segundo lo consagré al lugar donde se había dirigido lady Frances Carfax al marcharse de Lausanne. Rodeaba a esta cuestión cierta reserva y eso me confirmaba en mi idea de que se había ido con la intención de que alguien le perdiese el rastro. De no ser así, ¿por qué en su equipaje no pusieron simplemente la etiqueta de Baden? Tanto ella como sus maletas llegaron al balneario renano por una ruta indirecta. Todo eso lo averigüé mediante el gerente de la oficina local de la Cook. Así que me fui a Baden, después de despacharle a Holmes un informe de los pasos que había dado, y recibir en contestación un telegrama de elogio un tanto humorístico.

En Baden no fue difícil seguirle la pista. Lady Frances se había alojado dos semanas en el Englischer Hof. Estando allí había conocido a un tal doctor Shlessinger y a su esposa, misioneros de Sudamérica. Como a casi todas las damas solitarias, a lady Frances la religión le proporcionaba consuelo y actividad. La extraordinaria personalidad del doctor Shlessinger, su devoción sincera, y el hecho de que estuviera recobrándose de una enfermedad contraída en el ejercicio de sus deberes apostólicos, la impresionaron profundamente. Ayudó a Mrs. Shlessinger a cuidar de aquel santo convaleciente. El se pasaba el día, según me describió el gerente, en una tumbona en la terraza, con sus dos enfermeras una a cada lado. Había confeccionado un mapa de Tierra Santa, con referencia especial al reino de los medianitas, sobre el que estaba escribiendo una monografía. Por fin, cuando su salud hubo mejorado palpablemente, regresó a Londres con su esposa, y lady Frances les acompañó en el viaje. De eso hacía tres semanas, y el gerente no había tenido más noticias de ellos. En cuanto a la criada, Marie, se había ido hecha un mar de lágrimas unos días antes, tras informar al

resto de la servidumbre de que abandonaba su servicio para siempre. El doctor Shlessinger había pagado la cuenta de todos antes de irse.

-Por cierto -dijo, el gerente, para concluir-, no es usted el único amigo de lady Frances Carfax que se interesa por su paradero. Hace sólo una semana vino por aquí un hombre con el mismo propósito.

-¿Le dejó su nombre? -pregunté.

-No; pero era inglés, aunque de un tipo poco corriente.

-¿Un salvaje? -apunté yo, relacionando los hechos al estilo de mi ilustre amigo.

-Exactamente. Esa palabra lo describe muy bien. Es un individuo corpulento, con barba, de piel curtida, que da la impresión de estar más a gusto en la posada de un granjero que en los hoteles de moda. Yo diría que es un tipo tosco, feroz, al que no querría ofender por nada del mundo.

El misterio empezaba a definirse, y las figuras se percibían con más claridad al levantar la niebla. Era evidente que aquella dama buena y piadosa estaba siendo perseguida allí adonde iba por un tipo siniestro e inexorable, al que temía, pues de lo contrario no habría salido huyendo de Lausanne. Y él la había seguido. Antes o después, la alcanzaría. ¿O quizá ya la había alcanzado? ¿Era *ése* el secreto de su prolongado silencio? ¿No habían podido las buenas personas que la acompañaban protegerla de su violencia o su chantaje? ¿Qué terrible propósito, qué oscura maquinación se ocultaba detrás de aquella larga persecución? Ese era el problema que tenía que resolver.

Escribí a Holmes, explicándole la rapidez la seguridad con que había llegado a las raíces de la cuestión. En respuesta recibí un telegrama en el que se me pedía una descripción de la oreja izquierda del doctor Shlessinger. El sentido del humor de Holmes es extraño y a veces ofensivo, así que no hice caso de su inoportuna broma. En realidad, ya estaba en Montpellier, tras los pasos de la criada, Marie, cuando llegó su mensaje.

No me fue difícil encontrar a la antigua sirvienta y enterarme de cuanto tenía que decirme. Era una criatura abnegada, que había dejado a su señorita porque estaba segura de que quedaba en buenas manos, y porque su inminente boda hacía, en cualquier caso, inevitable la separación. Su señorita, según confesó muy afligida, le había dado muestras de irritabilidad en su estancia en Baden, y en una ocasión la había interrogado como si sospechara de su honestidad, lo cual había hecho su marcha más fácil de lo que habría sido en otras circunstancias. Lady Frances le había enviado cincuenta libras como regalo de boda. Como yo, Marie miraba con profundo recelo al desconocido que había obligado a su señorita a abandonar Lausanne. Le había visto con sus propios ojos agarrar por la muñeca a la dama, con gran violencia, en el paseo del lago, un lugar público. Era un hombre feroz y terrible. Creía que era por miedo de él por lo que lady Frances había aceptado que los Shlessinger la escoltasen hasta Londres. Nunca le había hablado de ello a Marie, pero una serie de pequeñas evidencias habían convencido a la criada de que su señorita vivía en un estado de continua aprensión nerviosa. Se encontraba en ese punto de su relato, cuando de pronto se levantó de un salto y su rostro se convulsionó de sorpresa y miedo.

-¡Mire! -exclamó-. Ese sinvergüenza la persigue todavía. Ese es el hombre del que le hablaba.

Vi, a través de la ventana abierta de la sala de estar, a un hombre grandote y de piel cetrina, con una larga barba encrespada, que caminaba despacio por el centro de la calle; mirando ansioso los números de las casas. Era evidente que, al igual que yo, le

seguía la pista a la muchacha. Dejándome llevar del impulso del momento, salí corriendo y le abordé.

-¿Es usted inglés? -dije.

-¿Y qué si lo soy? -preguntó, con una abominable mueca.

-¿Puedo preguntarle cómo se llama?

-No, no puede -respondió, con decisión.

La situación era embarazosa, pero con frecuencia el camino directo es el mejor.

-¿Dónde está lady Frances Carfax? -pregunté.

Se me quedó mirando atónito.

-¿Qué ha hecho con ella? ¿Por qué la perseguía? ¡Insisto en que quiero una respuesta! -dije.

El individuo lanzó un bramido de ira y saltó sobre mí como un tigre. En más de una riña he sabido defenderme, pero aquel hombre tenía garras de hierro y la furia de un diablo. Tenía ya su mano en mi garganta, y yo estaba a punto de perder el sentido, cuando un *ourvier* francés, sin afeitar, vestido con una camisa azul, salió disparado de un *cabaret* que había enfrente, con un garrote en la mano, y le asestó un fuerte golpe a mi agresor en el antebrazo, obligándole a soltar a su presa. Permaneció un instante de pie echando humo de rabia, sin saber si debía o no renovar el ataque. Por fin, con un iracundo gruñido, me dejó y entró en la casa de la que acababa de salir yo. Me volví a darle las gracias a mi salvador, que estaba junto a mí en la calzada.

-Bueno, Watson -dijo, ¡ha armado usted una buena! Creo que lo mejor será que regrese conmigo a Londres en el expreso nocturno.

Una hora después Sherlock Holmes, con su estilo y vestimenta habituales, estaba sentado en mi aposento privado del hotel. Su explicación de por qué había aparecido súbita y oportunamente fue la simplicidad misma, a saber que, al ver que podía irse de Londres, había decidido tomarse la delantera en la siguiente etapa de mi viaje, etapa por demás obvia. Disfrazado de obrero, había estado sentado en el *cabaret* esperando mi aparición.

-Ha realizado usted una investigación particularmente eficaz -dijo-. En este momento no consigo recordar ningún disparate que haya dejado de cometer. El resultado final de su actuación ha sido dar la alarma en todas partes sin descubrir nada.

-Posiblemente usted no lo habría hecho mejor -respondí con amargura.

-No hay “posiblemente” que valga. Lo *he* hecho mejor. Aquí está el honorable Philip Green, que se aloja en este mismo hotel; quizá encontremos en él el punto de partida de una investigación más fructífera.

Habían traído una tarjeta en una bandeja, tarjeta que dio entrada al mismo rufián barbudo que me había atacado en la calle. Se sobresaltó al verme.

-¿Qué significa esto, Mr. Holmes? -preguntó-. He recibido su nota y aquí me tiene. ¿Pero qué tiene que ver este hombre en el asunto?

-Es mi viejo amigo y socio, el doctor Watson, que nos está ayudando en este caso.

El desconocido alargó una mano enorme y negra de sol, con algunas frases de disculpa.

-Espero no haberle lastimado. Cuando me acusó de haberle hecho daño a ella, perdí el control de mí mismo. Lo cierto es que últimamente no soy responsable de mis actos. Tengo los nervios como cables de alta tensión. La situación me ha desbordado. Lo que quiero saber en primer lugar, Mr. Holmes, es cómo ha llegado usted a conocer mi existencia.

-Estoy en contacto con Miss Dobney, la institutriz de lady Frances.

-¡La vieja Susan Dobney, con su cofia! La recuerdo bien.

-Y ella le recuerda a usted. Fue antes... antes de que decidiera marcharse a Sudáfrica.

-Ah, veo que conoce toda mi historia, así que no necesito ocultarle nada. Le juro, Mr. Holmes, que no ha habido jamás en el mundo un hombre que amase a una mujer con un amor más sincero que el que le profesé yo a Frances. Yo era un joven disipado, lo sé, aunque no peor que otros de mi clase. Pero su mente era tan pura como la nieve. No soportaba ni una sombra de vulgaridad. Así que cuando le contaron algunas cosas que había hecho, decidió que no tenía nada más que decirme. Y a pesar de todo me amaba, eso es lo más paradójico del caso; me amaba lo bastante para seguir soltera toda su santa vida, sólo por mí. Cuando hubieron transcurrido unos años, y tras hacer fortuna en Barbeton, pensé que quizá podría ir en su busca y apaciguarla. Había oído decir que no estaba casada. La encontré en Lausanne, e hice cuanto estuvo en mi mano. Creo que flaqueó un poco, pero tenía una fuerte voluntad, y la siguiente vez que fui a visitarla había abandonado la ciudad. Seguí sus pasos hasta Baden, y pasado un tiempo me enteré de que su criada estaba aquí. Soy un tipo rudo, acostumbrado a una vida igualmente ruda, y cuando el doctor Watson me habló de aquel modo, perdí el control por un instante. Pero por el amor de Dios, díganme qué ha sido de lady Frances.

-Eso es lo que tratamos de averiguar -dijo Sherlock Holmes, con singular gravedad-. ¿Cuál es su dirección en Londres, Mr. Green?

-En el hotel Langham sabrán localizarme.

-En ese caso, ¿puedo recomendarle que vuelva allí y esté a mano por si lo necesito? No deseo fomentar falsas esperanzas, pero puede estar seguro de que se hará todo lo posible por la seguridad de lady Frances. Por el momento, no puedo decir nada más. Le dejaré esta tarjeta para que pueda ponerse en contacto con nosotros. Ahora, Watson, si hace su equipaje telegrafiaré a Mrs. Hudson rogándole que haga uno de sus mejores esfuerzos para reconfortar a dos viejos hambrientos mañana a las siete y media.

Nos aguardaba un telegrama al llegar a nuestras habitaciones de la calle Baker; Holmes lo leyó con una exclamación de interés y me lo alargó. “Desgarrada o mellada”, rezaba el mensaje, procedente de Baden.

-¿Qué es esto? -pregunté.

-Todo -respondió Holmes-. Quizá recuerde mi pregunta aparentemente trivial, acerca de la oreja izquierda del clerical caballero. No respondió a ella.

-Ya no estaba en Baden, y no pude investigar.

-Exacto. Por eso envié un duplicado al gerente del Englischer Hof, cuya respuesta tiene en su mano.

-¿Y qué demuestra?

-Demuestra, mi querido Watson, que nos las estamos viendo con un hombre excepcionalmente astuto y peligroso. El reverendo Dr. Shlessinger, misionero de Sudamérica, no es otro que Peter “El Santo”, uno de los malhechores menos escrupulosos que ha producido Australia; y eso que, para ser un país joven, ha dado tipos muy bien acabados. Su especialidad particular consiste en engatusar a damas solitarias, jugando con sus sentimientos religiosos; y la mujer a la que llama su esposa, una inglesa apellidada Fraser, es una valiosa colaboradora. La naturaleza de sus tácticas me sugirió su identidad, y esta peculiaridad física -fue mordido en una pelea, en una taberna de Adelaida, en el 89- confirmó mis sospechas. Nuestra infortunada

dama está en manos de una pareja infernal, que no se arredrará nada, Watson. Una suposición probable es que esté ya muerta. Si no lo está, se encuentra sin duda prisionera y no puede escribir ni a Miss Dobney ni a sus demás amigos. También entra en lo posible que no llegase a Londres, o que pasara de largo; pero la primera suposición es poco probable, ya que, con sus sistemas de registro, a los extranjeros no les resulta fácil engañar a la policía continental, y la segunda también lo es, porque nuestros rufianes no podían tener muchas esperanzas de encontrar un lugar más seguro que la capital donde tener a una persona secuestrada. Todos mis instintos me dicen que está en Londres, pero, como de momento no podemos averiguar dónde, no nos queda sino dar los pasos más evidentes; cenar, y conservar la paciencia. Más tarde iremos a ver, dando un paseo, a nuestro amigo Lestrade de Scotland Yard.

Pero ni la policía oficial ni la organización pequeña, pero muy eficiente, de Holmes, bastaron para desvelar el misterio. Entre los apiñados millones de habitantes de Londres, las tres personas que buscábamos quedaban tan difuminadas como si no hubieran existido nunca. Probamos a poner anuncios, pero fracasamos. Seguimos pistas, que no nos llevaron a ningún sitio. Registramos todos los garitos criminales que frecuentaba Shlessinger. Vigilamos a sus antiguos colaboradores, pero se mantuvieron alejados de él. Y de repente, tras una semana de tensión infructuosa, vimos un destello de luz. Un pendiente de plata y brillantes, de diseño español, había sido empeñado en Bevington’s, sitio en Westminster Road. Lo había empeñado un hombre corpulento y afeitado de aspecto clerical. Como se demostró, su nombre y dirección eran falsos. La oreja no había sido observada, pero la descripción respondía a la de Shlessinger.

Tres veces había venido nuestro barbudo amigo del Langham en busca de noticias, la tercera una hora después de que consiguiéramos este nuevo indicio. La ropa empezaba a bailar en su enorme cuerpo. Parecía estar marchitándose en su ansiedad. “Si por lo menos me dieran algo que hacer”, era su lamento constante. Por fin Holmes podía complacerle.

-Ha empezado a empeñar las joyas. Tenemos que echarle el guante ahora.

-Pero ¿significa eso que lady Frances ha sufrido algún daño?

Holmes meneó gravemente la cabeza.

-Suponiendo que la hayan tenido prisionera hasta ahora, está claro que no pueden soltarla sin perjudicarse ellos. Hemos de estar preparados para lo peor.

-¿Qué puedo hacer?

-¿Esas personas no le conocen de vista?

-No

-Es posible que en el futuro vaya a otra casa de empeños. En ese caso tendremos que volver a empezar. Pero como ha obtenido un buen precio y no le han hecho preguntas, si necesita dinero con urgencia lo más probable es que vuelva a Bevington’s. Le daré una nota para ellos, y le permitirán que espere en la tienda. Si aparece ese individuo, sígale hasta su casa. Pero sin indiscreciones y, sobre todo, sin violencia. Júreme por su honor que no dará ningún paso sin mi conocimiento y autorización.

Durante dos días el honorable Philip Green (hijo, si se me permite mencionarlo, del famoso almirante del mismo nombre que había capitaneado a la flota del mar de Azof en la guerra de Crimea) no nos trajo noticias. La tarde del tercero irrumpió en nuestra sala de estar lívido, estremecido, con todos los músculos de su potente masa temblando de agitación.

-¡Le tenemos! ¡Le tenemos! -exclamó.

Era incoherente de tan excitado que estaba. Holmes lo tranquilizó con unas palabras, y lo sentó de un empujón.

-Vamos, vamos, cuéntenoslo todo por orden -dijo.

-He estado allí hace una hora. Esta vez, era la esposa; pero el pendiente que ha traído era la pareja del otro. Es una mujer alta y pálida, con ojos de hurón.

-Ella es -dijo Holmes.

-Ha salido de la tienda y la he seguido. Ha ido caminando por Kennington Road, y yo tras ella. Por fin ha entrado en otro establecimiento. Mr. Holmes, eran unas pompas fúnebres.

Mi compañero se sobresaltó y preguntó, con esa voz vibrante que delataba el carácter fiero que se ocultaba tras sus ojos grises y fríos:

-¿Y bien?

-Ha estado hablando con la mujer que había detrás del mostrador. Yo también he entrado. "Es tarde", he oído que decía, o alguna otra frase con idéntico significado. La mujer del mostrador se ha excusado: "tendría que estar ya allí -ha respondido-. Ha costado mas, por salirse de lo corriente".

Ambas se han interrumpido y me han mirado, así que he preguntado cualquier tontería y he abandonado el establecimiento.

-Ha hecho estupendamente. ¿Qué ha ocurrido luego?

-La mujer ha salido, pero yo me había escondido en un portal. Creo que he despertado sus sospechas, porque ha mirado a su alrededor. Luego ha llamado a un coche y se ha subido a él. He tenido la suerte de encontrar otro y la he seguido. Se ha apeado en el 36 de la plaza Poultney, de Brixton. He continuado sin detenerme, hasta la esquina de la plaza, donde he abandonado el coche para vigilar la casa.

-¿Ha visto a alguien?

-Las ventanas estaban todas a oscuras, salvo una del piso inferior. Estaban echadas las cortinillas, así que no he podido ver nada. Estaba allí de pie, preguntándome qué debía hacer, cuando se ha detenido ante la casa un furgón cubierto, en el que viajaban dos hombres. Se han apeado, han sacado algo del furgón y lo han subido a cuestas hasta la puerta del vestíbulo. Mr. Holmes, era un ataúd.

-¡Ah!

-Ha habido un momento en que he estado a punto de precipitarme en la casa, ya que habían abierto la puerta para franquearles la entrada a los hombres y su carga. Ha sido la mujer quien ha salido a abrir; me ha visto, y creo que me ha reconocido. Se ha sobresaltado y ha cerrado la puerta apresuradamente. He recordado la promesa que le hice, y aquí me tiene.

-Ha realizado un trabajo excelente -dijo Holmes, garabateando unas palabras en media hoja de papel-. No podemos hacer nada legal sin una orden judicial, y lo mejor que puede hacer para servir a la causa es llevar esta nota a las autoridades y conseguir una. Quizá le pongan algunas dificultades, pero supongo que con la venta de las joyas bastará. Lestrade se ocupará de todos los detalles.

-Pero mientras tanto pueden asesinarla. ¿Qué significaba el ataúd, y a quién iba destinado sino a ella?

-Haremos todo lo posible, Mr. Green. No perderemos ni un minuto. Déjelo en nuestras manos. Ahora Watson -añadió, mientras nuestro cliente se alejaba a toda prisa-, pondrá en movimiento a las fuerzas regulares. Nosotros, como de costumbre, somos las irregulares, y debemos seguir nuestra propia línea de acción. La situación se

nos presenta tan desesperada, que quedan justificadas las medidas más extremas. No perdamos ni un segundo en llegar a la plaza Poultney.

-Tratemos de reconstruir los hechos -dijo, cuando cruzábamos a toda velocidad por delante del Parlamento y por el puente de Westminster-. Esos rufianes se trajeron a Londres, con engaño, a la infortunada dama, después de separarla de su fiel criada. Si ha escrito algunas cartas, las han interceptado. Con ayuda de un cómplice, han alquilado una casa amueblada. Una vez en ella, han retenido a lady Frances, y han tomado posesión de las valiosas alhajas que eran su objetivo desde el principio. Han empezado a vender algunas de ellas, creyendo que se trata de una operación segura, pues no tienen razones para creer que a nadie le interese el destino de su cautiva. Cuando la pongan en libertad, es evidente que les denunciará. Así que no pueden ponerla en libertad. Pero tampoco pueden tenerla encerrada a cal y canto para siempre. El asesinato es, pues, su única solución.

-Parece muy claro.

-Tomemos ahora otra línea de razonamiento. Cuando se siguen dos hilos de pensamiento diferentes, Watson, se encuentra siempre un punto de intersección que debería aproximarle a uno a la verdad. Ahora partiremos, no de la dama, sino del ataúd, e iremos hacia atrás en nuestra argumentación. Me temo que ese incidente demuestra, sin duda ninguna, que la dama está muerta. Apunta también a un entierro ortodoxo, con el debido acompañamiento de un certificado médico y una ratificación oficial. Si la dama hubiera sido asesinada, como parece evidente, la habrían enterrado en un agujero, cavado por ellos mismos en la parte trasera del jardín. Pero aquí todo se hace abiertamente, de forma regular. ¿Qué significa eso? Que le causaron la muerte de tal forma que pudieron engañar al médico, simulando un final natural; quizá el envenenamiento. Sin embargo, es extraño que permitieran que el galeno se acercara a la muerta; a no ser que fuera cómplice suyo, proposición por otro lado bastante inverosímil.

-¿Podrían haber falsificado un certificado médico?

-Peligroso, Watson, muy peligroso. No, no me los imagino haciendo tal cosa. ¡Deténgase, cochero! Ese establecimiento debe ser la funeraria, porque acabamos de pasar por delante de la casa de empeños. ¿Me hace el favor de entrar, Watson? Su aspecto inspira confianza. Pregunte a qué hora se celebra mañana el funeral de la plaza Poultney.

La mujer de la tienda me respondió sin vacilar que tendría lugar a las ocho de la mañana.

-Ya ve, Watson, que no hay misterio; ¡todas las cartas están encima de la mesa! De una manera u otra han cumplimentado todos los requisitos legales, y creen que tienen poco que temer. Bien, no nos queda sino el ataque frontal directo. ¿Va armado?

-Con mi bastón.

-Bueno, bueno, seremos fuertes. Como dice el proverbio inglés, “va tres veces armado quien lucha por causa justa”. No podemos permitirnos el lujo de esperar a la policía, ni de mantenernos dentro de las cuatro esquinas de la ley. Puede irse, cochero. Vamos, Watson, probemos suerte juntos, como ya hicimos alguna vez en el pasado.

Llamó apremiantemente a la puerta de una casona oscura, sita en el centro de la plaza Poultney. Nos abrieron en seguida, destacándose la silueta de una mujer alta en el vestíbulo iluminado con luz tenue.

-¿Qué es lo que quieren? -nos preguntó ásperamente, escudriñándonos en la oscuridad.

-Quiero hablar con el doctor Shlessinger -dijo Holmes.

-Aquí no vive nadie con ese nombre -respondió, y trató de cerrar la puerta; pero Holmes la había obstruido con el pie.

-Muy bien, entonces quiero ver al hombre que vive aquí, se llame como se llame -dijo Holmes, con tono firme.

-Adelante, entren -dijo-. A mi marido no le asusta enfrentarse con ningún hombre en el mundo. -Cerró la puerta detrás de nosotros y nos introdujo en una sala de estar situada a la derecha del vestíbulo, avivando la lamparilla de gas al dejarnos-. Mr. Peters estará con ustedes dentro de un instante -dijo.

Sus palabras resultaron ser literalmente ciertas, porque apenas habíamos tenido tiempo de echar un vistazo a aquella estancia polvorienta y apolillada en la que nos hallábamos, cuando la puerta se abrió y entró con paso ligero un hombre corpulento, de rostro afeitado y calvo. Tenía la cara ancha y rubicunda, las mejillas colgantes y un aire general de benevolencia superficial que quedaba desmentido por su boca cruel y agresiva.

-Sin duda aquí hay algún error, caballeros -dijo, con una voz untuosa, de esas que parece que todo lo solucionan-. Me imagino que les han dirigido a la persona equivocada. Quizá si probasen más abajo en la misma calle...

-Ya está bien, no tenemos tiempo que perder -dijo mi compañero, con firmeza-. Usted es Henry Peters, de Adelaida, antes reverendo doctor Shlessinger, de Baden y Sudamérica. Estoy seguro de eso como de que me llamo Sherlock Holmes.

Peters, como le llamaré a partir de ahora, se sobresaltó y clavó su mirada en la de su sorprendente perseguidor.

-Me temo que su nombre no me asusta, Mr. Holmes -dijo con frialdad-. Cuando un hombre tiene la conciencia tranquila, no se alarma fácilmente. ¿Qué ha venido a hacer a mi casa?

-Quiero saber qué ha hecho con lady Frances Carfax, a quien se trajo hasta aquí desde Baden.

-Le agradecería que me dijera usted dónde está esa señora -respondió Peters, con tono tranquilo-. Tengo contra ella una factura de casi cien libras, y como única compensación un par de pendientes de bisutería que los comerciantes casi ni se dignan a mirar. Se encariñó con Mrs. Peters y conmigo en Baden (es un hecho que utilizaba entonces otro nombre) y se nos pegó en nuestro viaje a Londres. Pagué su cuenta del hotel y su billete. Una vez en Londres, nos dio esquinazo y, como le decía, nos dejó estas joyas anticuadas en pago de sus facturas. Si la encuentra, Mr. Holmes, estaré siempre en deuda con usted.

-Es mi intención encontrarla -dijo Sherlock Holmes-. Voy a registrar esta casa hasta que aparezca.

-¿Dónde está su orden judicial?

Holmes entresacó un revólver de su bolsillo.

-Tendrá que conformarse con ésta hasta que llegue una mejor.

-Así que es usted un vulgar ladrón.

-Descríbame así, si le place -dijo Holmes, divertido-. Mi compañero también es un peligroso rufián. Y, los dos juntos, vamos a registrar su casa.

Nuestro adversario abrió la puerta.

-Ve a buscar a la policía, Annie -dijo. Se oyó por el pasillo un crujir de faldas femeninas, y se abrió y se cerró la puerta del vestíbulo.

-Tenemos el tiempo limitado, Watson -dijo Holmes-. Si trata de detenernos, Peters, puede estar seguro de que resultará herido. ¿Dónde está el ataúd que entraron en su casa?

-¿Para qué quiere el ataúd? Está haciendo su servicio. Hay un cuerpo en su interior.

-Tengo que ver ese cuerpo.

-Nunca con mi consentimiento.

-Pues entonces sin él. -Con un movimiento rápido, Holmes empujó a un lado a aquel individuo y salió al vestíbulo. Delante nuestro había una puerta entreabierta. Entramos. Era el comedor. Sobre la mesa, debajo de una lámpara de araña a medio encender, estaba depositado el ataúd. Holmes avivó el gas y levantó la tapa. Muy hundida en su interior yacía una figura muy flaca. El resplandor de las luces se proyectó sobre un rostro viejo y marchito. Ningún proceso imaginable de crueldad, inanición o enfermedad podrían haber reducido a la aún hermosa lady Frances a aquel estado de ruina ajada. En el rostro de Holmes se reflejó su sorpresa y también su alivio.

-¡Gracias a Dios! -murmuró-. Es otra persona.

-Por una vez ha cometido un buen disparate, Mr. Sherlock Holmes -dijo Peters, que nos había seguido hasta la estancia.

-¿Quién es la difunta?

-Bueno, si quiere saberlo, es una antigua niñera de mi esposa, llamada Rose Spender, a la que encontramos en la enfermería del asilo de Brixton. La trajimos aquí, llamamos al doctor Horson, de Firbank Villas 13, (anote bien la dirección, Mr. Holmes) y le prodigamos todo género de cuidados, como buenos cristianos que somos. Murió al tercer día, de pura senilidad, según consta en el certificado; pero ésa es solo la opinión del médico y, por supuesto, usted sabe más que él. Le hemos encargado su funeral a Stimson & Co., de Kennington Road; será enterrada mañana por la mañana a las ocho. ¿Ve en todo esto algo sospechoso, Mr. Holmes? Acaba de cometer una torpeza estúpida, y lo mínimo que podría hacer es admitirlo. Habría dado cualquier cosa por poder fotografiar su cara boquiabierta y perpleja, al levantar esa tapa, esperando ver a lady Frances Carfax, y hallar sólo a esa pobre mujer de noventa años.

La expresión de Holmes permanecía impávida, como siempre, ante las burlas de su antagonista; pero sus puños cerrados delataban su profundo enojo.

-Voy a registrar su casa -dijo.

-¡Ah! ¿Conque sí? -exclamó Peters, al mismo tiempo que se oían en el pasillo una voz de mujer y unos pasos pesados-. Pronto lo veremos. Por aquí, oficiales se los ruego. Estos hombres han entrado por la fuerza en mi casa, y no consigo librarme de ellos. Ayúdenme a echarles.

En el umbral habían aparecido un sargento y un agente. Holmes se sacó una tarjeta de su tarjetero.

-Aquí tienen mi nombre y dirección. Este es mi amigo el doctor Watson.

-¡Válgame Dios! Le conocemos muy bien, señor -dijo el sargento-; pero no puede estar aquí sin una orden judicial.

-Claro que no. Me hago cargo.

-¡Arréstele! -exclamó Peters.

-Sabemos donde encontrar a este caballero si queremos algo de él -dijo el sargento, majestuosamente-; pero tendrá que irse, Mr. Holmes.

-Si, Watson, tendremos que irnos.

Un minuto después volvíamos a estar en la calle. Holmes estaba tan tranquilo como siempre, pero yo ardía de ira y humillación. El sargento nos siguió.

-Lo lamento, Mr. Holmes, pero así es la ley.

-Exacto, sargento; no podía hacer otra cosa.

-Supongo que tenía buenas razones para estar en esa casa. Si hay algo que yo pueda hacer...

-Ha desaparecido una mujer, sargento, y creemos que está ahí dentro. Espero una autorización legal.

-En ese caso no perderé la vista a esa gente, Mr. Holmes. Si ocurre algo, desde luego se lo haré saber.

Eran sólo las nueve, así que nos lanzamos de nuevo sobre la pista. Tomamos un coche y fuimos a la enfermería del asilo de Brixton, donde descubrimos que era verdad que una caritativa pareja se había personado allí hacía unos días, había reclamado a una vieja imbécil como antigua sirviente suya, y había obtenido autorización para llevársela. No manifestaron ninguna sorpresa cuando les dijimos que había muerto.

El médico fue nuestro siguiente objetivo. Había sido llamado, hallando a la mujer casi muerta de senilidad; la había visto expirar, y había firmado el acta de defunción con toda legalidad. “Les aseguro que todo fue perfectamente normal y que no hubo posibilidad de jugar sucio en toda esta cuestión”, -dijo. Nada en la casa le había parecido sospechoso, salvo que era “sorprendente que personas de su clase no tuvieran servidumbre”. Eso nos comentó el doctor, y no pasó de ahí.

Por último, pusimos rumbo a Scotland Yard. Habían surgido dificultades de trámite relativo a la orden de registro. Se produciría un retraso inevitable. No se obtendría la firma del magistrado hasta la mañana siguiente. Si Holmes se presentaba a eso de las nueve podría acompañar a Lestrade, para presenciar su puesta en ejecución. Así acabó el día, salvo que cerca de la medianoche, nuestro amigo, el sargento, vino a decirnos que había visto destellos de luces de aquí y allá en las ventanas del oscuro caserón, pero nadie había entrado ni salido de él. No nos quedaba sino hacer acopio de paciencia, y esperar a la mañana siguiente.

Sherlock Holmes estaba demasiado irritable para conversar y demasiado inquieto para dormir. Le dejé fumando ávidamente, con sus cejas pesadas y oscuras casi juntándose y sus dedos largos y nerviosos tamborileando en los brazos de su sillón, mientras le daba vueltas en su cabeza a toda solución posible del misterio. En el curso de la noche, le oí varias veces andar de un lado a otro de la casa. Por fin, justo cuando acababa de despertarme, irrumpió en mi habitación. Llevaba puesto el batín, pero su rostro pálido y ojeroso me dio a entender que no había dormido en toda la noche.

-¿A que hora era el funeral? A las ocho, ¿verdad? -preguntó, anhelante-. Bueno, ahora son las siete y veinte. ¿Por amor del cielo, Watson, qué le ha ocurrido a ese cerebro que Dios me ha dado? ¡Deprisa, hombre, deprisa! Es una cuestión de vida o muerte; mil probabilidades de muerte contra una vida. ¡Nunca me lo perdonaré si llegamos demasiado tarde!

Menos de cinco minutos después volábamos en un cabriolé por la calle Baker. Pero aún así eran las ocho menos veinticinco cuando pasamos delante del Big Ben, y sonaron las ocho campanadas en el momento en que girábamos a toda velocidad por Brixton Road. Hubo, sin embargo, quien llegó tarde como nosotros. Diez minutos después de la hora la carroza fúnebre estaba aún ante la puerta de la casa, y en el instante en que nuestro caballo, echando espuma, se detenía, apareció en el umbral el féretro, llevado por tres hombres. Holmes salió disparado y les cortó el paso.

-¡Vuelvan atrás! -exclamó, apoyando su mano sobre el pecho del primer hombre-. ¡Vuelvan atrás ahora mismo!

-¿Qué diablos significa esto? Una vez más le pregunto: ¿dónde está su orden judicial? -gritó el furioso Peters desde el otro extremo del féretro, con la cara brillante.

-La orden está en camino. Este ataúd permanecerá en la casa hasta que llegue.

La autoridad de la voz de Holmes produjo su efecto en los hombres que transportaban el féretro. Peters se había esfumado en el interior de la casa, y obedecieron estas últimas órdenes.

-¡Deprisa, Watson, deprisa! Aquí hay un destornillador -gritó Holmes, una vez colocado de nuevo el féretro sobre la mesa-. Este para usted, amigo mío; un soberano si los goznes de la tapa han saltado dentro de un minuto. ¡No pregunte, y trabaje! ¡Bien! ¡Otro! ¡Y otro más! ¡Tiremos de ella todos juntos! ¡Está cediendo! ¡Está cediendo! ¡Ah, por fon lo hemos conseguido!.

Con un esfuerzo conjunto separamos la tapa del féretro. Al hacerlo, salió de su interior un olor a cloroformo mareante e irresistible. Yacía allí un cuerpo, con la cabeza envuelta en un algodón, previamente empapado en el narcótico. Holmes lo arrancó, dejando al descubierto el rostro estatuario de una mujer de mediana edad, hermosa y espiritual. Un instante después había rodeado el cuerpo con el brazo y lo había incorporado hasta sentarlo.

-¿Ha muerto, Watson? ¿Queda alguna chispa de vida en ella? ¡Espero que no hayamos llegado demasiado tarde!

Durante media hora pareció que sí, que era demasiado tarde. Lady Frances, con la asfixia y los vapores venenosos del cloroformo, parecía haber sobrepasado el último punto desde el que es posible el retorno. Pero por fin, gracias a la respiración artificial, las inyecciones de éter y todos los recursos a los que tiene acceso la ciencia, un hálito de vida, un temblor en los párpados, un poco de vaho en un espejo, nos indicaron que la vida volvía poco a poco. Se había detenido un coche y Holmes, apartando la cortina, lo miró.

-Aquí está Lestrade con su orden -dijo-. Se encontrará con que los pájaros han volado. Y aquí -añadió, al oír unos pasos pesados que corrían por el pasillo- viene alguien que tiene más derecho que nosotros a cuidar a esta dama. Buenos días, Mr. Green; creo que cuanto antes podamos trasladar a lady Frances, mejor. Mientras tanto, puede proceder con el funeral y así la pobre anciana que aún yace en este féretro irá por fin, sola, a su último descanso.

-Mi querido Watson -dijo Holmes aquella noche-, si decide incorporar este caso a sus anales, deberá hacerlo sólo como un ejemplo de ese eclipse momentáneo al que está expuesto incluso el cerebro mejor equilibrado. Estos deslices son comunes a todos los mortales, y más grande será aquél que sepa reconocerlos y ponerles remedio. Quizá sea yo acreedor a esta alabanza moderada. Toda la noche pasada estuve obsesionado por la idea de que un punto clave, una frase extraña, una observación curiosa, había cruzado mi mente sin detenerse en ella. Luego, de pronto, en los grises albores matutinos, me vinieron a la memoria unas palabras. Eran las que repitió Philip Green. Aquella mujer dijo: “Es tarde. Tendría que estar ya allí. Ha costado más, por salirse de lo corriente”. Estaba hablando del ataúd. Y éste se salía de lo corriente. Eso sólo podía significar que había sido confeccionado con unas medidas especiales. ¿Pero por qué? ¿Por qué? En un instante recordé su profundidad, y el cuerpo disminuido y marchito que yacía en su fondo. ¿Por qué un ataúd tan grande para un cuerpo tan pequeño? Para dejar espacio para otro cadáver. Las iban a enterrar a las dos con el mismo certificado.

Todo estaba claro, si no hubiera tenido yo una venda en los ojos. A las ocho iban a enterrar a lady Frances. Nuestra única posibilidad era detener al féretro antes de que abandonase la casa.

"Solo teníamos una posibilidad desesperada de encontrarla viva, pero *era* una posibilidad, como demostraron los resultados. Nunca, que yo sepa, había asesinado a nadie aquella gente. Quizá en el momento decisivo se resistirían a usar la violencia. Podían enterrarla sin dejar vestigios de cómo había muerto, e incluso, si sus restos eran exhumados, les quedaba una posibilidad. Esperaba que fuesen tales consideraciones las que prevalecieran. Puede reconstruir la escena bastante bien. Ya ha visto el cuartucho espantoso donde la pobre dama había estado recluida todo este tiempo. Irrumpieron en él y la atontaron con el cloroformo, la bajaron al comedor, vertieron más vapor en el féretro para asegurarse de que no despertaría, y cerraron la tapa. Un truco ingenioso, Watson. Es nuevo, para mí, en los anales del crimen. Si nuestros amigos exmisioneros escapan de las garras de Lestrade, espero enterarme de algunos incidentes brillantes en su carrera futura.